

ANT

XIX

1273/5

Discursos Republicanos, por "Demófilo,"

UN TRONO
TRAIDOR

IV

MADRID: 1897

IMPRENTA DE RAFAEL BERNABEU

Válgame Dios, 4

Discursos Republicanos por "Democrito"

UN TRONO

TR. ALDO R.

MADRID 1887

IMPRESA DE RAFAEL BERNABE

Valencia 1887

16 cm.

R. 74.116



QUERIDOS CORRELIGIONARIOS:

Sufre España, se arruina porque aquí se ha cometido un crimen espantable, que forzosamente debía tener su castigo.

No se falta impunemente á los principios que sostienen el orden moral. A la infracción sigue necesariamente el castigo, como al cuerpo la sombra. El hijo que ultraja á su madre, será castigado; el hombre que viola sus juramentos, será castigado; la institución que traiciona su origen, será castigada.

Pues bien; el trono actual, el trono constitucional ha sido traidor á su origen; de ahí su castigo, de ahí el castigo de los españoles, que son necesariamente solidarios de las instituciones que los rigen y en que consienten.

*
* *

Oíd la historia de esa traición. Es uno de los episodios más dramáticos que registra la historia humana.

Erase el año de 1832. Fernando VII, rey á la sazón de España, cayó gravemente enfermo en San Ildefonso, donde la corte fué á pasar la temporada estival.

Todos desconfiaban de salvarle: los médi-

ces, su joven esposa María Cristina, cuantas personas le rodeaban.

Entonces, el partido clerical, que siempre vela, que nunca duerme, creyó llegada la hora propicia de apoderarse del trono.

Estaba allí, habitando uno de los departamentos de palacio, el príncipe D. Carlos, hermano del rey y jefe del partido absolutista, acompañado de su esposa doña Francisca, personificación de la brutalidad fanática, y de la princesa de Beira, trasunto de la crueldad inquisitorial. En torno de estos tres seres siniestros, envueltos por un girón de noche, formóse el antro de conspiración realista.

Tenían los reyes dos hijas, niñas de cortísima edad. Doña Isabel, que se llamó después II, y doña María Luisa. Aquí, donde se han visto sentadas en el trono reinas como Isabel *la Católica*, ¿quién podía disputar, sin escándalo de la historia, en nombre de la tradición, el derecho á reinar de las hembras?

Los clericales lo hicieron, y al lado de la mentira pusieron la amenaza de la fuerza. Es su costumbre añeja. A Galileo le dicen: ó confiesas la mentira de que la tierra está quieta, ó la hoguera. Así hicieron con Fernando VII, á quien dijeron:—«O confiesas que el trono no pertenece á tus hijas, ó hacemos arder á España con el fuego de la guerra.

Y le ofrecieron el terrible cuadro de doscientos mil voluntarios realistas en armas, la mayoría del ejército declarada por D. Carlos, la corte, la diplomacia, todas las fuerzas directoras decididas por el pretendiente. No cabía

duda alguna: si la guerra estallaba, la corona iría á parar á D. Carlos.

Los estáis oyendo hoy, después de haber mordido cien veces el polvo bajo el acero liberal, y cuando el mundo ha cambiado totalmente, dicen, sin dudar, que tienen en la mano el triunfo. ¡Y hay quien los creel ¡Hasta republicanos!

¿Qué no sucedería entonces? El terror se apoderó del ánimo de los reyes.—Pues bien; que España sea feliz—dijo la reina, cediendo; y Fernando VII, con mano cadavérica firmó el famoso *codicilo* por el cual despojaba del derecho al trono á sus propias hijas, confiéndolo á D. Carlos.

Sobrevinóle entonces un síncope, quedando sin sentido, por lo cual le dieron ya por muerto.

Imaginaos el rugido de alegría que saldría del antro de la conjura, viendo en su mano el título de la soberanía. Fué algo así como el aullido de la manada de lobos al apercibir de cerca el rebaño de ovejas abandonado en la noche por el moribundo pastor.

Todos rodeaban ya á D. Carlos: ministros, cortesanos, consejeros, el cuerpo diplomático, rindiéndole homenaje y dándole el título de majestad.

Con la velocidad del relámpago transmitieron los hombres de sacristía la noticia por toda España, viéndose fijada por las esquinas de Madrid la copia del *codicilo*, y un estremecimiento de terror se apodera de los liberales, que sienten abrirse los cerrojos de los presi-

dios, levantarse los cadalsos y amontonarse el combustible para volver á encender las hogueras inquisitoriales.

Entre tanto, la reina María Cristina, dotada entonces de una hermosura luminosa como el cielo de su patria napolitana, viéndose sola, abandonada, con el blanco seno lleno de zozobras y terrores, creyendo sentir detrás de ella los pasos de fantasmas siniestros, vagaba de una habitación á otra recogiendo sus joyas y disponiendo su equipaje, como el rayo de luna que tiembla atravesando en la noche las espesuras de la selva.

Quizá en algún momento, sobrecogida de terror, corrió á cubrir con sus manos las cunas donde dormían sus dos niñas el sueño de la inocencia, temiendo ver avanzar hacia ellas, armado de puñal, al asesino de que tantas veces los reyes usurpadores se han servido para deshacerse de los príncipes y princesas que podían ser un estorbo á su corona.

*
* *

En esto, un coche de postas se detiene á la puerta del palacio, y saltando de él una dama seguida de un caballero, trepa como una corza por las escaleras, y atraviesa veloz los salones hasta encontrar á la reina, que la recibe en sus brazos entre transportes de una alegría delirante.

Eran los viajeros la infanta doña Carlota, hermana de la reina, y su esposo el infante D. Francisco, que venían de Cádiz en postas

aceleradas, al saber los acontecimientos que se estaban desarrollando en la corte.

—¿Cómo te has dejado dominar—le dice la princesa á su hermana—por esos beatos traidores, ciñendo en la frente una corona y empuñando todavía la espada de la justicia para segarles el cuello?

Y con palabras parecidas á éstas, después de reconvenir á su hermana por su debilidad al dejarse arrebatar la corona que sólo pertenecía á sus hijas, la exhorta á corregir su yerro, la reanima y la decide; ambas princesas penetran en la estancia del enfermo, que en aquel momento se encontraba un tanto despejado, y despertando en él el amor de padre y comunicándole su resolución y su energía, consigue la animosa princesa que el rey revoque el codicilo, haciéndolo traer y rompiéndolo por su mano.

Luego grita:

—¡Calomarde! ¡Que venga Calomarde!

Era Calomarde el odiado, el sombrío ministro que, procedente de la más baja esfera, por artes rastreras había conseguido elevarse á la privanza. España le execraba por su implacable crueldad.—«Eres más malo que Calomarde»—llegó á decirse por nuestros abuelos. Como ministro de Gracia y Justicia y alma del ministerio, le correspondía la mayor parte de la responsabilidad en todo lo sucedido.

Cuando lo tuvo en su presencia, la princesa desató contra él todas las compuertas de su ira, llamándole pérfido, traidor, aleve, fementido; y habiendo él intentado balbucear dis-

culpas, la dama, no pudiendo contenerse, le dió una bofetada.

—Señora, manos blancas no ofenden—
cuentan que dijo Calomarde.

Aquella bofetada había derribado como castillo de naipes toda la obra de la conjura carlista.

Así como, según la imagen clásica, los dedos rosados de la aurora recorren al amanecer las cortinas de Oriente para que pueda el sol aparecer, los dedos rosados de la mano de la infanta doña Carlota habían rasgado el velo de la noche con que la reacción pretendió envolver á España, dejando aparecer los primeros rayos del sol de la libertad.

Al extenderse por España la noticia de estos sucesos, indignados contra los infames que habían abusado de la debilidad de un moribundo, de una mujer y de dos niñas, una explosión de indignación brotó de los pechos generosos, y hombres pertenecientes á todas las clases de la sociedad corrieron á ofrecer á la joven reina sus haciendas y sus vidas. De este movimiento generoso del corazón español surgió el partido *cristino*, agrupándose en él toda la España liberal.

He aquí el origen del trono constitucional.

Pero, ¿quién había prestado aquellas energías á la infanta doña Carlota? ¿Qué poder oculto apoyaba su espíritu para decidirla á arrojar el guante al poderoso partido carlista, cuando ya éste se hallaba en posesión del título de la corona? Semejantes osadías no se tienen cuando falta el apoyo de la fuerza. ¿Qué

fuerza había, pues, movido la mano de la audaz princesa para rasgar primero el codicilo y abofetear después al ministro traidor?

Era la misma fuerza que había empujado desde lo oculto á la gran revolución francesa, la que trece años antes había dirigido el segundo asalto contra el trono absoluto bajo la espada de Riego, la que derribó no ha muchos años el trono imperial del Brasil, y ha sido el agente oculto de toda esta gran revolución política que ha transformado el mundo en sólo un siglo. Esa fuerza, en suma, era la de la *Masonería*, cuyo cargo de gran maestro en España desempeñaba entonces el infante don Francisco, esposo de doña Carlota.

Si en aquel momento supremo la sacristía vigilaba, la *Masonería* no estaba dormida. Compuesta en su mayoría de hombres de espada, figurando en ella nobles, literatos, magistrados, la flor del entendimiento español; la infanta doña Carlota pudo ofrecer á su hermana con la *Masonería* un apoyo incommovible para sostener su trono.

Rodea n á éste, en efecto, militares, nobles, literatos, toda la parte ilustrada del pueblo; los emigrados, cuyas puertas les abre al punto Cristina, llegan; la guerra civil comienza; sube la *Masonería* al poder en la persona de Mendizábal; la desamortización se decreta; se rompen relaciones con Roma: la revolución está hecha.

Sobre el triángulo masónico se ha levantado triunfador el trono constitucional.

Pero todos lo están viendo: ese trono ha hecho una execrable, una sacrilega traición á su origen.

El ha desenterrado al fraile, ha traído al jesuita, ha colgado al cuello del soldado liberal el escapulario carlista, ha hecho pactos siniestros con el papa que lo maldijo, á fin de exterminar al masonismo que lo elevara, y en su furia de reacción y en su desenfreno de apostasía, ha abierto las puertas de la cárcel para hundir en un calabozo al Gran Maestro que asumía la representación y había heredado los títulos de aquel mismo infante que colocó el triángulo como bloque sobre que había de fundarse y mantenerse el trono constitucional.

¿Comprendéis ahora bien toda la magnitud de ese crimen político?

¿Cómo España vive, cómo existe bajo un régimen que ha consumado traición tan execrable?

No hay trono actual sin la Masonería, como no hay hijo sin padre. ¿Qué régimen desnaturalizado será este que persigue y encarcela á su padre?

¡Cuánto masón caído en los campos de batalla por defender el trono constitucional contra los que llevaban el escapulario con el lema «¡detente, bala!»; y ahora los ministros de ese trono, abrazados con los capitanes de las hordas carlistas, esputan ultrajes sobre los huesos de aquellos héroes que dieron su vida por el trono constitucional!

¿No lo recordáis? En una de las últimas se-

siones de Cortes, el ministro de la Gobernación, Cos-Gayón, entre los aplausos y las felicitaciones de los diputados carlistas, declaraba *inmoral* y fuera de la ley á la Masonería.

Pero, ¿cómo aquel edificio no osciló sobre sus cimientos? ¿Cómo las lápidas donde están escritos, en letras de oro, los nombres de Riego, masón; del Empecinado, masón; de Prim, masón; de todos aquellos caudillos inmortales que sacaron su fortaleza de los templos masónicos, no se desplomaron, soterrando bajo sus ruinas al ministro que osaba procazmente insultar las creencias más íntimas de su corazón, y que les habían guiado al combate para afirmar el régimen constitucional?

La sombra airada de Prim, armada de espada, debió bajar al hemiciclo y decirle:

—Esa lengua que tienes de ministro constitucional no es tuya, te la he dado yo con esta espada tajante, y así, para que no cometas más sacrilegios, voy á cortártela.

*
* *

Es claro, esa inmensa traición hecha á los principios liberales, esa alianza criminal con los bárbaros, los implacables enemigos del Estado liberal, ha traído el estallido de las guerras separatistas.

La América, que es masónica entera, ha levantado un grito de guerra contra este impío trono, aliado del absolutismo.

Filipinas, despierto á la vida por la Masonería, se ha alzado en rebelión contra la monarquía que, levantada aquí al grito de «Mue-

ran los frailes», ha querido tener sojuzgado eternamente el pueblo filipino bajo el más insoportable yugo de los frailes.

Sí; yo acuso ante la historia á ese trono traidor de ser el culpable de las guerras separatistas; yo le acuso de haber precipitado á la patria en este abismo de ruinas y deshonras en que se encuentra.

Pero aún es poco el estrago producido por ese trono que, al hacer traición á su origen, se ha colocado fuera de la ley moral. Nos aguardan horrores mayores.

Al aceptar los procedimientos, las ideas, hasta los hombres del absolutismo; al hacer del fraile y el jesuita instrumentos de gobierno; al entregar diputaciones y municipios al carlismo; al hacer señor de la flota nacional al papa enlevitado del jesuitismo; al poner en manos de las comunidades religiosas la enseñanza, la beneficencia, todos los establecimientos públicos dependientes del Estado; al obligar á rezar el rosario á los soldados en los cuarteles y colgarles al cuello el escapulario carlista, concluyendo al fin por escarnecer el sistema entero parlamentario, hasta echar á bofetadas á las minorías del Parlamento, este régimen bestial nos ha preparado, nos trae la guerra carlista.

Los carlistas, que se han visto dueños del país de hecho, quieren serlo de derecho.

Y he ahí que una causa muerta, completamente muerta, ha venido á ser un peligro grande para la patria.

Sin duda la causa absolutista, la causa

carlista, era una causa muerta. El alma de esa causa era la Iglesia, y la España liberal había dado á la Iglesia las dos batallas decisivas.

En la primera gran batalla, la España liberal arrancó á la Iglesia lo que con más ardor se disputa en el mundo: la arrancó la propiedad, decretando la desamortización. Declarado propietario el Estado y expropiada la Iglesia, con lo que quedaba ésta en una posición subordinada como la que tiene el asalariado respecto al amo que le paga, se había ganado la batalla más importante, porque aquella inmensa propiedad sirvió al Estado para armarse y asegurar por siempre su dominio.

En la segunda gran batalla, la España liberal se atrevió ya á herir á la Iglesia en la cabeza, decretando la emancipación de la conciencia y la ruina, por tanto, del dominio moral que había venido ejerciendo el sacerdocio durante catorce siglos.

La lucha fué ya esta segunda vez menos encarnizada y el triunfo para el Estado más fácil, porque éste había acumulado montañas de riquezas merced á los bienes nacionales, de los cuales disponía además en pleno dominio, reconocido por el Papa mismo á nombre de la Iglesia.

¿A qué disputar más? ¿A qué batallar más? Hoy no tiene objeto ni sentido alguno una guerra absolutista.

Los dos grandes problemas que se ventilaban: el dominio en la esfera material y el dominio en la esfera moral, están definitivamente resueltos; y el carlismo, en sus programas, no sólo no trata de volver sobre los hechos consumados, sino que hace promesas de liberalismo, que han dado lugar á su ruptura con los integristas.

Una guerra carlista no tiene, por tanto, ya razón de ser. Será una manifestación de amor al arte por el arte, á la matanza por la matanza.

¿Comprendéis ahora toda la bestialidad de la política que ha resucitado el peligro carlista? Van los restauradores á traer sobre su patria una guerra sin objeto, sin finalidad, en que los españoles van á matarse unos á otros, sin que sepan por qué; como esos soldados que en Cuba, entre las sombras de una noche infausta, cayeron unos contra otros, combatiéndose con furor al creerse enemigos, y llenándose de asombro al apuntar los rayos del día y reconocerse como hermanos.

¡Miserables, más que miserables; infames, más que infames los que, envolviendo á los españoles durante esta larga noche restauradora en las sombras de la ignorancia, van á arrojar á los unos contra los otros para que se maten como fieras, cuando deben amarse como hermanos!

—¡Luz, luz, luz!—gritaba el poeta.

Gritadlo también vosotros, queridos amigos, queridos correligionarios; que hasta las piedras os oigan, por ver de ahorrar á vuestra patria infortunada nuevos, infructuosos dolores.

El poder de la ley moral es inexorable. Os lo decía al principio: en vano el criminal quiere escapar al castigo.

Verán los españoles sus hijos degollados, sus casas incendiadas, sus campos arrasados, su patria precipitándose cada vez más por abismos de destrucción y deshonra, en tanto que esté en pié ese aborto de la traición, ese parricida execrable que se llama trono constitucional.

Ciudadanos, gritad conmigo:

¡Maldito sea el trono!

LIBROS DE "DEMÓFILO,,

DE VENTA EN LA
Administración de "Las Dominicales,,
Calle Claudio Coello, 104
MADRID

PTAS.

- | | |
|--|------|
| Batallas del Libre pensamiento. —Colección de artículos (varios denunciados) de la primera época de LAS DOMINICALES | 1 |
| Poseídos del demonio. —Cuadro de la España mística del siglo XVI | 2 |
| Radicalismo y Federalismo. —Folleto de propaganda republicana | 1 |
| La Redención. —Librito de propaganda. Un ejemplar, 10 céntimos. Paquete de 25 ejemplares | 1 25 |
| Instrucción para enseñar el mecanismo de la lectura y escritura a los adultos en una semana. —Un ejemplar | 0,25 |
| Artículos religiosos y morales. —(Ago-
tado). | |
| Nuevos evangelios. I. ¿Qué es el socialismo? —Ha tenido un gran éxito en España y en el extranjero. | 0,25 |
| ¿Qué es el libre pensamiento? —Segundo Evangelio. | |

A los suscriptores y corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

23679